

Género en transición: sentido común, mujeres y guerra*

Kimberly Theidon**

RESUMEN

Este artículo explora algunos testimonios surgidos en las comisiones de verdad en el Perú y sus implicaciones en relación con las mujeres y la guerra. Examina lo que constituye las estrategias de investigación “sensibles al género”, como también los modos en los cuales las comisiones de verdad han incorporado estas estrategias dentro de su trabajo. Verdad y memoria son categorías que, de hecho, están atravesadas por el género, pero no necesariamente en los modos en los que plantea el sentido común. Por lo tanto, el texto espera ofrecer una comprensión más sutil de las dimensiones asociadas al género presentes en la guerra.

Palabras clave: Género, conflicto, memoria, verdad, Perú.

SUMMARY

GENDER IN TRANSITION: COMMON SENSE, WOMEN AND WAR

This article traces some testimonies emerged from commissions of truth in Peru and their implications regarding women and war. It examines what “gender sensitive” research strategies mean as well as ways in which commissions of truth have incorporated them within their labor. Truth and memory are categories that are in fact permeated by gender, not necessarily in the way that common sense would suggest. Therefore, the text aims at offering a more detailed understanding of war dimensions while associated to gender.

Key words: gender, conflict, memory, truth, Peru.

FECHA DE RECEPCIÓN: 15/11/2006

FECHA DE APROBACIÓN: 20/2/2007

* Agradezco al Instituto Bartolomé de las Casas por la oportunidad de participar en este seminario, que conmemora el tercer aniversario de la entrega del Informe Final de la CVR peruana. Fue un privilegio para mí trabajar con la CVR, Sede Ayacucho. Ofrezco esta reflexión sobre nuestro trabajo en solidaridad con mis colegas peruanos con quienes trabajé durante este proceso. Ellos y ellas tienen mi más profunda admiración.

** Assistant Professor, Departamento de Antropología
Universidad de Harvard, 406 William James Hall
Cambridge, MA 02138, Tel: 617 495 3805, Fax: 617 496 8355
ktheidon@aol.com.

El sentido común no es lo que la mente despejada de ideología aprehende espontáneamente; es lo que la mente colmada de presuposiciones... concluye

(Geertz, 1983:84).

El 28 de agosto del año 2003 los miembros de la Comisión por la Verdad y la Reconciliación en el Perú (CVRP) presentaron su Informe Final al presidente Alejandro Toledo y a la nación. Luego de dos años de trabajo, y habiendo recopilado unos 17.000 testimonios, los comisionados habían completado su tarea de examinar las causas y las consecuencias del conflicto armado interno que tuvo lugar entre los años ochenta y noventa del siglo XX. De esta manera, Perú se unió a la creciente lista de países que habían implementado comisiones de verdad como medio de transición de un período de conflicto armado y gobierno autoritario hacia la fundación de una democracia procesual.

La CVR peruana compartió numerosos rasgos con las comisiones guatemalteca y sudafricana que la antecedieron. Las tres comisiones fueron consideradas como “sensibles al género”, dado que activa e insistentemente buscaron experiencias de violencia sufridas por mujeres. Este aspecto central reflejaba el deseo de escribir “verdades más inclusivas”, así como también cambios en la jurisprudencia internacional.

En este artículo recorro a las investigaciones que he conducido desde 1995 en Perú a fin de explorar las comisiones de verdad y algunas implicaciones en relación con las mujeres y la guerra. Me interesa examinar lo que constituye las estrategias de investigación “sensibles al género”, e igualmente los modos como las comisiones de verdad han incorporado estas estrategias en su trabajo. Verdad y memoria son categorías que, de hecho, están atravesadas por el género, pero no necesariamente en los modos en los que plantea el sentido común. Por tanto, espero ofrecer una comprensión más sutil de las dimensiones asociadas al género presentes en la guerra. Considero entonces apropiado comenzar con un recuerdo propio.

PERÚ, FEBRERO DE 2003

En Accomarca nos hablaron de Eulogia, una joven mujer que murió mucho tiempo antes de nuestra llegada, pero que sigue apareciendo en los recuerdos de varias comuneras. Eulogia era muda y vivía en el momento en que la base militar se asentó en la colina que domina el poblado.

Los soldados bajaron de la base en la noche y entraron en la casa que Eulogia compartía con su abuela. Hicieron cola para violarla, aprovechándose de su incapacidad para expresar verbalmente su dolor. Sus vecinas nos contaron, con una mezcla de compasión y vergüenza, que “No pudimos hacer nada –teníamos miedo que nos iban a visitar también”. Entonces la escucharon por la noche, junto a su abuela, quien estaba sentada al lado sin poder hacer nada para proteger a su nieta.

Los sonidos guturales y apagados de Eulogia todavía resuenan en los oídos de sus vecinas. “Por los sonidos sabíamos, sabíamos qué estaban haciendo los soldados. Pero no podíamos decir nada”. Los soldados lograron reducir a todas a la condición de mudas.

Hay dos versiones de cómo se murió Eulogia. Algunas nos dijeron que se cayó mientras bajaba los barrancos hacia Lloqlllepampa. Otras insistían en que se lanzó del barranco, incapaz de tolerar su dolor.

[4]

Elaine Scarry ha afirmado que el dolor y la tortura buscan “deshacer el mundo”, y robar al ser humano su capacidad de hablar y crear sentido –un sentido que se puede compartir con otros seres humanos¹. Eulogia no podía recurrir al lenguaje: no podía poner palabras a su dolor; no podía denunciar la injusticia. Eulogia también aparece en mis recuerdos: es imposible borrar la imagen de una joven gritando con todas sus fuerzas pero incapaz de decir nada.

Cuando se habla sobre violaciones, se le da una gran importancia a los silencios. Qué hacer con estos silencios –cómo escucharlos, cómo interpretarlos, cómo determinar cuándo son opresivos y cuándo pueden constituir una forma de agencia– es un tema de gran preocupación y debate². Si existe un tema capaz de imponer silencio, éste es claramente el de la violación. Las mujeres cuentan con muchas razones para ocultar que han sido violadas y, con la justicia como un horizonte muy distante, aparecen pocos motivos para hablar acerca de una experiencia estigmatizante y vergonzante.

Mi objetivo no es ser redundante. Está claro que la violación es una estrategia de guerra, y los recientes desarrollos de la jurisprudencia internacional la han reconocido finalmente como tal³. Tampoco me interesa presentar una lista de horrores –una lista de detalles gráficos que pueda asemejarse a una pornografía de la violencia, y que bien pudiera representar otra violación para las mujeres con las que he trabajado–. Antes bien, quiero compartir algunas de las conversaciones que mi equipo de investigación y yo tuvimos con las mujeres en el Perú de la posguerra⁴, dirigiéndome a una serie de temas que dejaron una profunda impresión en nosotras.

Primero, quiero explorar la historicidad de la memoria, discutiendo cómo ciertas categorías de víctimas se convierten en “capital narrativo” dentro del contexto de una comisión de verdad. En segundo lugar, trato aquello sobre lo que las mujeres hablaban y cómo sus narrativas son “descripciones densas” en el mejor sentido antropológico del término. Trabajando sobre sus descripciones densas quiero examinar algunas asunciones acerca de lo que constituye una “perspectiva de género” sobre el conflicto armado. Al hacer esto, analizo la forma como las mujeres charlaban con nosotras acerca de las violaciones, y el énfasis que ponían en cómo habían intentado defenderse a sí mismas y a los miembros de sus familias. En tercer lugar, examino cómo las mujeres fueron forzadas a participar en “intercambios” sexuales para salvar sus vidas y las de sus seres queridos. Me gustaría entonces discutir los modos en que las violaciones entre hombres y mujeres –y entre hombres– constituían una forma de establecer relaciones de poder y de crear “hermanos de sangre”. Para concluir, considero algunos de los legados de la violencia sexual masiva que caracterizó al conflicto armado interno peruano, reflexionando sobre la posibilidad

[5]

¹ SCARRY, 1995.

² Veena Das en su trabajo sobre la partición en la India ha sugerido que el silencio de las mujeres en torno a las violaciones puede constituir una forma de agencia –quizá la única forma posible para las mujeres–, y por tanto el silencio no necesariamente significa la ausencia de competencia lingüística, sino más bien la negación activa de permitirlo. Ver también Ross (2003).

³ El Estatuto de Roma de la Corte Criminal Internacional de 1998 incluyó la violencia sexual como un crimen contra la humanidad en el artículo 7 y como un crimen de guerra en el artículo 8.

⁴ Fui afortunada al haber tenido la posibilidad de trabajar con un sobresaliente equipo de investigadores durante los años 2002 y 2003 como uno de los componentes de mi trabajo con la oficina de la CVR en Ayacucho. Quiero agradecer a Edith del Pino, Leonor Rivera Sullca, José Carlos Palomino, Juan José Yupanqui y Dulia Lozano Noa por su calidad humana y su agudeza analítica.

de “reparaciones” en las secuelas de los daños profundos⁵. Pero permítanme empezar con un breve análisis sobre el conflicto armado interno peruano, y luego dedicarme a algo del “sentido común”.

SASACHAKUY TIEMPO: LOS “AÑOS DIFÍCILES”

Entre 1980 y 1992 una guerra interna hizo estragos entre el grupo guerrillero Sendero Luminoso, las rondas campesinas y las fuerzas armadas peruanas. Fundado por Abimael Guzmán, el partido comunista Sendero Luminoso⁶ comenzó su campaña para derribar al estado peruano en 1980 realizando un ataque al pueblo andino de Chuschi. Este grupo de revolucionarios se autodenominaban como la vanguardia en una revolución que guiaría a la nación a una inminente utopía comunista⁷. Utilizando teorías maoístas sobre la guerra de guerrillas, planeaban una revolución de arriba hacia abajo, en la que los cuadros de Sendero Luminoso movilizarían al campesinado, rodearían las ciudades y estrangularían la costa urbanizada hasta lograr su rendición. No obstante, la inexorable marcha hacia el futuro fue doblemente interrumpida: la inicial respuesta gubernamental fue una brutal guerra contrainsurgente en la que los “campesinos andinos” se fundieron con los “terroristas”, y muchos de ellos se rebelaron *en contra* de la revolución⁸.

Mientras algunas comunidades permanecieron en sus lugares, muchas otras huyeron de la región en éxodos masivos. De hecho, aproximadamente 600.000 personas se desplazaron interiormente, dejando devastadas a más de 400 comunidades campesinas. Aunque la guerra de guerrillas se esparció desde el campo hacia Lima, la capital del país, fue la población rural la que sufrió la más grande pérdida de vidas humanas durante el conflicto armado interno. Como lo establece el Informe Final de la CVR, un 75% de los muertos y desaparecidos hablaba quechua o alguna otra lengua indígena como lengua madre, y tres de cada cuatro personas asesinadas vivían en áreas rurales (CVR, 2003). Una epidemiología de la violencia política en Perú demuestra que las muertes y las desapariciones se distribuían a lo largo de la geografía, la clase y la etnicidad.

Hacia fines de 1991 existía la preocupación de que Sendero derribara al gobierno peruano. Sin embargo, en septiembre de 1992 la administración fujimorista localizó al líder de Sendero Luminoso, que estaba escondido en una “casa segura” de Lima. El arresto de Abimael Guzmán significó la decapitación del movimiento guerrillero; aunque varios posibles sucesores han competido por el poder, Sendero Luminoso permanece como un grupo aislado que se halla arrinconado en las junglas interiores. Perú es el caso de un

⁵ Aun luego de que la CVR recogiera casi 17.000 testimonios, todavía es imposible determinar la magnitud de la violencia sexual durante el conflicto armado interno. Mis experiencias de investigación resuenan con un estudio llevado a cabo en Ayacucho por Comidesh (2003) en el que se determinó que las violaciones eran utilizadas sistemáticamente como una estrategia de guerra y que el número de violaciones era masivo. En los últimos tiempos esto es lo que la CVR sostenía con base en los testimonios que habían recibido (Informe Final, 2003).

⁶ El otro movimiento guerrillero era el MRTA (Movimiento Revolucionario Túpac Amaru). El MRTA siempre fue considerado como una amenaza menor, si bien el grupo logró invadir la embajada japonesa y mantuvo a docenas de rehenes durante varios meses. Cuando las tropas del gobierno tomaron por asalto la embajada, los miembros del MRTA fueron asesinados luego de que se rindieran. Una de las imágenes repetidamente mostradas en los medios fue la de Fujimori pavoneándose entre los escombros enfundado en un chaleco antibalas.

⁷ Ver DEGREGORI C. I., *Ayacucho 1969-1979: el surgimiento de Sendero Luminoso*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1990.

⁸ STARN O., *Nightwatches the Politics of Protest in the Andes*. Durham and London: Duke University Press, 1999.

[6]

estado triunfante: a diferencia de lo que sucedió en Guatemala, por ejemplo, no hubo negociaciones entre el gobierno y la guerrilla dado que Sendero ya había sido ampliamente derrotado.

El hombre al que se le atribuyó la “pacificación” del país era el presidente anteriormente nombrado, Alberto Fujimori. Elegido en 1990, centró su campaña en un programa de finalización de la hiperinflación y de derrocamiento de los movimientos guerrilleros que habían estado entablando la guerra por espacio de una década. En el cumplimiento de sus promesas, Fujimori utilizó medidas draconianas: organizó un auto-golpe de Estado que acabó con un congreso recalcitrante, reescribió la Constitución y desmanteló los partidos políticos y otros intermediarios institucionales en el desarrollo de su “democracia directa”, tal como él la definió. La popularidad y un vasto aparato de patrocinio político le permitieron a Fujimori ganar cómodamente la reelección en 1995; sin embargo, sus tendencias autoritarias aumentaron durante este segundo período. Para permanecer en el poder removió a miembros del Tribunal constitucional que obstaculizaban su carrera ilegal hacia un tercer período, y la Constitución fue reinterpretada a fin de permitir perpetuar su presidencia.

Luego de una campaña presidencial altamente corrompida en el año 2000, Fujimori huyó del país, y envió por fax su renuncia desde Japón. La corrupción masiva que tuvo lugar en sus dos gobiernos se había vuelto cada vez más visible. De hecho, la visibilidad fue un componente clave en su caída y en la subsecuente transición política: miles de videos fueron descubiertos; en ellos se mostraba a Fujimori y su compinche, el anterior jefe de la inteligencia interna, Vladimiro Montesinos, sobornando a un elenco de personajes que iban desde diputados hasta presentadores de programas de TV y fisicoculturistas. Fue a causa de los cargos de corrupción que se forzó la retirada de Fujimori y se dio lugar a la apertura política necesaria para el establecimiento de la CVR. El presidente interino, Valentín Paniagua, creó la Comisión de la Verdad por medio de un decreto del ejecutivo en el año 2001, y fue su sucesor, el presidente Alejandro Toledo, quien agregó la palabra “reconciliación” al nombre y al mandato de la comisión. Aquel mandato consistía en aclarar los procesos, hechos y responsabilidades por la violencia y las violaciones de los derechos humanos atribuidos tanto a las organizaciones terroristas como también a los agentes estatales en el período 1980-2000.

En el contexto de la colaboración con la oficina de Ayacucho de la CVR, dirigí un proyecto de investigación sobre salud mental comunitaria, reparaciones, y la micropolítica de la reconciliación practicada en niveles comunales e intercomunales⁹. En ese artículo me baso en aquella investigación, así como también en la investigación que conduje en Perú desde 1995, para pensar un poco en torno al sentido común, las mujeres y la guerra.

COMISIONANDO LA VERDAD: UNA “PERSPECTIVA DE GÉNERO”

Un objetivo explícito de las comisiones de verdad es la escritura de nuevas narrativas nacionales que resulten más inclusivas en relación con los grupos que han sido históricamente marginalizados durante la construcción del Estado-Nación. En su influyente discusión sobre los asuntos posconflicto, Minow sostiene: “El elemento más distintivo de las comisiones de verdad, en comparación con el juicio, es el foco en las víctimas, incluyendo

⁹ THEIDON K., *Entre prójimos: el conflicto armado interno y la política de la reconciliación en el Perú*. Lima, Perú: Instituto de Estudios Peruanos, 2004.

a las víctimas olvidadas en lugares olvidados”¹⁰. Existe la esperanza de que una democratización de la historia pueda ejercer una influencia positiva en el futuro, y que las comisiones de verdad puedan ser un formato mejor para escribir esa historia inclusiva. En contraste con los procedimientos legales y con los cuestionamientos agresivos que las caracterizan, las comisiones de verdad son consideradas como “víctimo-céntricas” o “amables con las víctimas”, dado que incluyen una escucha empática antes que una adversa hermenéutica de la sospecha¹¹.

Uno de los grupos frecuentemente incluidos entre las víctimas olvidadas son las mujeres. De hecho, la palabra víctima evoca un conjunto de imágenes altamente marcado por el género cuando el tópico aglutinante es la guerra. Sin embargo, aunque se alega la presencia de una perspectiva “víctimo-céntrica”, paralelamente con el surgimiento de las comisiones de verdad en los escenarios posconflicto, la queja era que “las mujeres no hablaban”. Existen diferentes motivos para ello, pero en su estudio de los mecanismos buscadores de la verdad, Hayner determina que “la mayor parte de las comisiones de verdad no han sido activas en la búsqueda, el fomento o el facilitamiento de los testimonios de las mujeres”¹². Adicionalmente, las comisiones anteriores en Argentina y Chile asumieron un enfoque de la verdad neutral en relación con el género, enfoque que ha sido criticado por pasar por alto las formas en las que la neutralidad de género frecuentemente se convierte en una perspectiva que privilegia a los hombres y sus experiencias.

Una preocupación por la falta de “voces femeninas” impulsó a las comisiones de Guatemala y Sudáfrica –y subsecuentemente de Perú– a perseguir activamente los testimonios femeninos. Estas comisiones más recientes han sostenido que la verdad está en sí misma atravesada por el género; por tanto, han buscado activamente incorporar la “perspectiva de género”¹³. En términos de números absolutos, las comisiones tuvieron éxito: tanto en Sudáfrica como en Perú las mujeres aportaron la mayoría de los testimonios dados a sus respectivas comisiones¹⁴. En las tres comisiones, las mujeres describieron con detalle el daño infligido a los miembros de sus familias y a sus comunidades, testificando las formas en las cuales el conflicto armado afectó cada aspecto de la vida cotidiana, frecuentemente exacerbando y magnificando la estructura de injusticias subyacente en sus sociedades. No obstante, y de manera abrumadora, ellas no hablaban en primera persona en el caso de las violaciones. Por tanto la queja de que “las mujeres no hablaban” cambió a “las mujeres no hablan sobre sí mismas”.

¹⁰ MINOW M., *Between Vengeance and Forgiveness: Facing History after Genocide and Mass Violence*. Boston: Beacon Press, 1998, p. 60.

¹¹ Ver HAYNER P. B., *Unspeakable Truths: confronting State Terror and Atrocity*. London and New York: Routledge, 2001.

¹² HAYNER, *ob. cit.*, p. 78.

¹³ Me gustaría agradecer a Elizabeth Jelin, María Carmen Feijoo y Shahra Razavi por la invitación a participar en el seminario “Igualdad de género: la lucha por la justicia en un mundo desigual”, organizado por la Unrind y el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES) en Buenos Aires, 10-11 mayo 2006. Me brindaron la oportunidad de presentar una versión preliminar de este texto y beneficiarme de los comentarios de un grupo de colegas excelentes. También expreso mi gratitud a la traductora del artículo. Finalmente, agradezco a las muchas mujeres peruanas que compartieron sus experiencias y tiempo conmigo, y que me han enseñado tanto.

¹⁴ En Sudáfrica, de los 21.227 testimonios dados a la CVR, las mujeres representaron el 56,5% de los testigos (www.peacewomen.org) y en Perú representaron el 54% de los 16.885 testimonios prestados a nivel nacional, y el 64% de los testimonios prestados en Ayacucho (CVR, vol. VII).

[8]

La preocupación en torno a que las mujeres no hablaban sobre sí mismas, aunque sí sobre el sufrimiento de sus familiares y el daño causado a sus seres queridos, ha alentado una variedad de estrategias “sensibles al género” que intentaban capturar la experiencia de las mujeres en relación con la violencia, generalmente definida como violaciones o como otras formas de violencia sexual. El que las mujeres no hablaran sobre las violaciones fue, por consiguiente, el problema que un enfoque género-sensible está diseñado para resolver. Desde esta perspectiva, el incitar el discurso es bienintencionado. El problema puede ser el tipo de discurso que las comisiones, desde el “sentido común”, busquen.

Si bien la CVR peruana tenía un mandato genéricamente neutral, las feministas tuvieron éxito en su insistencia en que la comisión debía reflexionar sobre la importancia del género en su trabajo¹⁵. Considerando las comisiones previas en Guatemala y Sudáfrica, la comisión defendía los activos esfuerzos por la incorporación de las voces femeninas en el proceso de la búsqueda de la verdad. Por tanto, la CVR peruana decidió incluir a los crímenes sexuales dentro de su mandato a causa de la amplitud del lenguaje utilizado en el Decreto supremo, la importancia del tema y “la necesidad de recuperar las voces de las mujeres afectadas por estos crímenes”¹⁶.

En adición, la *Línea de Género* de la CVR logró persuadir a la comisión de adoptar una definición amplia de violencia sexual que reflejara las cambiantes normas internacionales. Más que investigar estrictamente las violaciones, la comisión utilizó una definición amplia de violencia sexual en su trabajo: “La violencia sexual es un tipo de violación de los derechos humanos e incluye prostitución forzada, uniones forzadas, esclavitud sexual, abortos forzados y nudismo forzado”¹⁷.

A la luz del interés de que “quizás los abusos más comúnmente no reportados son aquellos sufridos por las mujeres, especialmente el abuso sexual y las violaciones”¹⁸, hubo esfuerzos para incentivar a las mujeres a ir hacia adelante. Como escribió el director del Programa de Género: “Para estimular a las víctimas de violencia sexual a participar en la investigación de la CVR, la CVRP también organizó una audiencia pública sobre los derechos humanos de las mujeres”¹⁹. En consecuencia, las estrategias “sensibles al género” fueron utilizadas con el objetivo de solicitar testimonios femeninos sobre violaciones y otras formas de violencia sexual. ¿Cuáles fueron los resultados?

De las casi 17.000 personas que prestaron testimonio a la CVR, a nivel nacional, 54% lo constituían mujeres y 46% hombres; en el departamento de Ayacucho las mujeres proveyeron el 64% de los testimonios²⁰. De esta manera, las mujeres ciertamente se presentaron voluntariamente para dar sus testimonios: hablaron mucho, pero no necesariamente sobre la violencia sexual, al menos no en primera persona. De hecho, el total de los casos de violaciones reportado fue de 538, de los cuales 527 fueron cometidos contra mujeres

¹⁵ MANTILLA J., “The Peruvian Truth and Reconciliation Commission’s Treatment of Sexual Violence Against Women” *Human Rights Brief*, Vol. 12, 2005a, y “La experiencia en la Comisión de la Verdad y Reconciliación en Perú: logros y dificultades de un enfoque de género”. En: *Memorias de ocupación: violencia sexual contra mujeres detenidas durante la dictadura*. Chile: Centro Regional de Derechos Humanos y Justicia de Género, 2005b.

¹⁶ MANTILLA, *ob. cit.*, 2005a, p. 20.

¹⁷ Informe Final de la CVR, vol. VIII, p. 89.

¹⁸ HAYNER, *ob. cit.*, p. 77.

¹⁹ MANTILLA, *ob. cit.*, 2005a, p. 2.

²⁰ CVR, vol. VIII, p. 64.

y 11 contra hombres²¹. Hay distintos modos de interpretar esta estadística. ¿Quizá los militares y policías peruanos fueron muy caballerosos? Quizá no. De los casos de violaciones deportados, 83% fueron atribuidos a los agentes armados del gobierno²².

Si los estándares de prueba legales constituyen la medida de éxito, estos números son desalentadores. Abrumadoramente, las mujeres se negaron a hablar sobre las violaciones en primera persona. Sin embargo, una fuerza potencial de las comisiones de verdad es su borramiento de los géneros, discursivos y prácticos. Mientras los estándares de prueba legales podrían no aceptar las “habladurías” o la “evidencia anecdótica”, las comisiones de verdad pueden trabajar con otros estándares evidenciaros para establecer verdades históricas. Esto es lo que, de hecho, la preponderancia de los testimonios en “tercera persona” permitieron hacer a la CVR peruana. Como se establece en su Informe Final, si no podían demostrar cuantitativamente el punto hasta el cual habían llegado las violaciones sexuales, la información cualitativa y tangencial recogida permitió a la comisión afirmar que las violaciones sexuales contra las mujeres fueron una práctica generalizada durante el conflicto armado interno. Estos descubrimientos son importantes y el Informe Final de la CVR peruana es una herramienta en la lucha por la justicia de género.

Pero quedémonos con aquellas estadísticas un momento más. Al discutir aquello que subyacía a lo reportado en los casos de violencia sexual, el primer elemento citado es la vergüenza. Como Mantilla lo explica, “de acuerdo con la CVRP el número de casos de violencia sexual contra mujeres fue significativamente menor que el número de otras violaciones a los derechos humanos; sin embargo, la CVRP reconoció la no representatividad estadística de estos casos. El mismo tipo de elementos no reportados se dieron en Guatemala y Sudáfrica debido a los sentimientos de culpa y vergüenza de las víctimas”²³. Ella también señala que en Perú persiste la idea de que la violación no supone una violación a los derechos humanos sino antes bien un daño de guerra colateral. Además, los actos de violencia sexual frecuentemente se daban en el contexto de otras violaciones a los derechos humanos –masacres, torturas, detenciones arbitrarias–, y tales violaciones ensombrecían el reporte de violencia sexual. Por ejemplo, en muchas masacres las mujeres y las niñas fueron separadas y violadas primero; sin embargo, el incidente pudo haber sido reportado solamente como una masacre²⁴.

[10]

²¹ “A pesar de que las cifras recogidas no muestran la magnitud del problema, los relatos permiten inferir que las violaciones fueron una práctica común y bastante utilizada durante el conflicto. En innumerables relatos, luego de narrar los horrores de los arrasamientos y ejecuciones extrajudiciales y torturas, se señalan, al pasar, las violaciones a mujeres. En la medida en que los testimoniantes no pueden dar los nombres de las mujeres afectadas, ellas no son contabilizadas a pesar de que se cuenta con el conocimiento de los hechos. Por lo dicho, la CVR destaca en este caso específico de violación sexual que, si bien no puede demostrarse la amplitud de estos hechos, la información cualitativa y tangencial permitiría afirmar que la violación sexual de mujeres fue una práctica generalizada durante el conflicto armado interno” (CVR, 2003, vol. VII: 89-90).

²² CVR, vol. VII, p. 89.

²³ MANTILLA, *ob. cit.*, 2005a, p. 3.

²⁴ Agregaré otra explicación centrada en el *continuum* de violencia guerra-paz contra las mujeres. En las comunidades rurales las violaciones durante la guerra fueron una continuación de las pautas establecidas largo tiempo atrás, aunque exacerbadas y “masificadas”. Era una práctica común en casos de violación por parte de la familia de las mujeres jóvenes que estaban buscando “un buen arreglo”. Esto es, un “buen arreglo” que pudiera permitir al violador casarse con la víctima o, en caso de embarazo, al menos reconocer al niño con su apellido en la partida de nacimiento.

No obstante, estaba la “verdad histórica” que mencioné. No me sorprende que muchas de las mujeres dieran testimonio sobre violencia sexual en su carácter de testigos antes que de víctimas. Mientras que la vergüenza es ciertamente un factor que influye en esto, pienso que también refleja la naturaleza genérica de la especificidad recordatoria. Hay una división genérica del trabajo emocional, así como también un sello de género de la memoria. En otras palabras, la memoria tiene género. Las mujeres narran el sufrimiento comunal y el impacto cotidiano de la guerra; por tanto no es muy extraño que ellas sean también las mensajeras de estos recuerdos colectivos. Y es el trabajo recordatorio de las mujeres y las dimensiones genéricas de la guerra lo que desarrollaré ahora.

En su investigación sobre la CVR sudafricana, Ross sostiene que la comisión esencializó el sufrimiento y el género, haciendo hincapié en el daño como la violación de la integridad corporal. Por ende, la narrativa de la “víctima de violación” era construida y valorada. En las Audiencias Públicas, a través de los procesos de interrogación, las narrativas de violación eran elicitadas –extraídas de testimonios más amplios– y se convertían en emblemáticas de la “experiencia de las mujeres” del *apartheid*²⁵. Como Ross agudamente lo demuestra, las mujeres tenían mucho más que decir.

Es cierto que la CVRP adoptó una definición amplia de violencia sexual, incluyendo así formas de abuso que van más allá de la violación. Esto fue loable. Sin embargo, aun una definición amplia de violencia sexual puede resultar en una estrecha definición de las dimensiones de género de la guerra. En la descripción densa que las mujeres aportaron, narraban un conjunto de verdades sobre la injusticia sistemática que era mucho más extenso, y también la inutilidad de buscar justicia desde los sistemas legales que operaban nacional y localmente. Cuando estas mujeres quechua hablantes se expresan acerca del sufrimiento de sus familiares y de sus comunidades, cuando recuerdan las largas caminatas diarias hasta el río en búsqueda de agua, y las horas perdidas gorroneando pedazos de pequeños leños, cuando entre lágrimas recuerdan a sus niños padeciendo un hambre que trataban de calmar con agua y sal, cuando recuerdan con indignación cómo eran presa de insultos étnicos en las calles de las mismas ciudades en las que buscaban refugio, están hablando sobre ellas y sobre las dimensiones de género de la guerra. Y, más allá de la lista de daños, tienen mucho que decir sobre las acciones que realizaron para hacer frente a esos desafíos. También nos dan mucho para considerar en relación con las nociones de sentido común desde una perspectiva de género sobre la guerra.

PROYECTOS DE MEMORIA

Atrás mencioné que hablar sobre violaciones es hablar de silencios. Cuando empecé mi investigación en el norte de Ayacucho en el verano de 1995, no eran sólo las mujeres las que mantenían silencios en relación con la violencia sexual. Las autoridades comunales –todos hombres– negaban rutinariamente que las mujeres de sus comunidades hubieran sido violadas. Unánimemente me habían informado que, por supuesto, había habido abusos, pero siempre en algún otro lugar, mientras señalaban con el índice a alguna comunidad vecina. Si pensamos un poco acerca de la masculinidad militarizada, que las autoridades comunales admitieran que había habido violaciones en *sus pueblos* hubiera significado admitir que ellos fueron incapaces de proteger a “sus mujeres”. Por tanto, la vergüenza corta una tela más amplia.

²⁵ Ver ROSS, *ob. cit.*

Sin embargo, en el contexto de la CVR algo cambiaba. Había una preponderancia del testimonio del testigo en los casos de violación y violencia sexual. Mientras muchos de estos testimonios venían de mujeres, los hombres conformaron el otro 46% entre los que prestaron testimonio a la comisión. Es más, las autoridades comunales hablaban acerca de la violencia sexual que había ocurrido en sus comunidades. ¿A qué se debió el cambio?

Dentro del marco de la Comisión de Verdad, las autoridades comunales emprendieron el desarrollo de sus propios “proyectos de memoria”. En cada comunidad en la que he trabajado había asambleas convocadas para discutir lo que sería dicho a los equipos móviles de la CVR, cuando llegaran para llevarse testimonios. Se notaba un esfuerzo por cerrar los rangos narrativos, impulsado por los muchos secretos que la gente guardaba sobre un largo conflicto fratricida así como también sobre las expectativas que la comisión generaba. Participé de numerosas asambleas en las que las autoridades les recordaban a todos aquello sobre lo que ellos habían decidido hablar, y les recordaban a las mujeres que no hablaran sobre “cosas que no eran ciertas”.

Daré un ejemplo que nos permitirá tratar de comprender muchos de los temas que nos convocan. La Comisión de Verdad manejaba *focus groups*, además de tomar testimonios individuales, como parte de su trabajo sobre historias regionales (estudios en profundidad). En junio de 2002, el equipo de la CVR tenía dos grupos focales en la misma comunidad, uno con hombres y mujeres y el otro compuesto sólo por mujeres. Las transcripciones de estos grupos focales nos brindan una oportunidad para situar verdades dentro de la dinámica de género, y para pensar sobre el género y la historicidad de la memoria. Como parte de su trabajo, las comisiones de verdad construyen tipologías de víctimas y victimarios. Estas categorías conforman los proyectos de memoria que la gente y las comunidades desarrollan.

Hay un gran énfasis en las políticas de la memoria y en la memoria como una forma cultural²⁶. Me gustaría que también consideremos la economía de la memoria: entre las condiciones de posibilidad para la emergencia de “nuevas memorias”, las circunstancias y motivaciones económicas están presentes. Las comisiones generan expectativas. No importaba cuántas veces se le decía a la gente que no necesariamente recibiría compensaciones por dar su testimonio: dar el propio testimonio era algo en parte instrumental y sería ingenuo pensarlo de otra manera. Mientras el dar el testimonio puede estar alentado por varios factores, la esperanza de algún alivio económico era un incentivo muy importante. Los recuerdos eran relatados teniendo en mente nuevas posibilidades y aspiraciones.

Las transcripciones de los grupos focales son muy extensas, por eso sintetizaré brevemente los grupos y los principales temas tratados. No daré el nombre de la comunidad, pero estaba localizada en el centro-sur de Ayacucho y fue una de las bases de apoyo de Sendero. Los grupos fueron grabados y posteriormente transcritos; cito de las transcripciones escritas en tiempo presente para preservar las afirmaciones de la gente.

El encuentro con hombres y mujeres comienza con los dos facilitadores presentándose; posteriormente la gente se dirige a cada uno de ellos como “Señor Comisión de la Verdad”. Para iniciar la conversación uno de ellos pregunta: “¿Cómo era cuando ustedes, paisanos, vivían aquí? ¿Había tanta muerte antes?”.

Uno de los hombres replica: “Aquí estábamos nosotros, tranquilos, sin peleas, sin odiarnos entre nosotros. Durante las fiestas nos emborrachábamos, comíamos. Cuando alguien

²⁶ Para ahondar en este tema, ver JELIN E., *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI, 2002.

moría lo visitábamos. Cuando alguien nos llamaba, respondíamos. Luego apareció todo esto (SL). Éramos inocentes. Nos cortaron la garganta porque éramos inocentes”.

Los otros hombres agregan detalles sobre el momento en que “Sendero llegó”, hablando animadamente sobre uno de los maestros que era un cabecilla local. Se detalla una serie de matanzas, seguidas por la insistencia de que “todas estas cosas nos las hicieron a nosotros, gente inocente”. Otro hombre agrega: “Los chicos temblaban de miedo. Las mujeres también”.

Lo que sigue en la transcripción es el primer intento de tranquilizar a una de las mujeres que trata de hablar. Los hombres le advierten: “No deberías hablar salvo que lo sepas (la historia) realmente bien o cambiaremos la información. Esta máquina (grabadora) va a decir todo tal como es en Lima”. Ella se calla.

Hay más discusiones sobre su inocencia y luego la conversación vira hacia una masacre local. Otra mujer trata de hablar y también le dicen que se calle.

En la descripción de la masacre efectuada por el ejército, uno de los hombres apunta: “Decidimos que los hombres debían escapar. Ellos odiaban a los hombres, no pensamos que les harían algo a las mujeres”.

Se equivocaban en esta impresión que tenían, y lo que sigue es una descripción de cómo los soldados comenzaron a violar y matar a las mujeres. Los detalles de la masacre son aterradores y las acciones de los soldados despreciables. Una vez más, una mujer trata de hablar en voz alta y los hombres le dicen que se quede tranquila. Los hombres vuelven al tema de la inocencia, insistiendo esta vez: “*Nuestro pueblo* era inocente”.

Finalmente, a una de las mujeres se le permite hablar sobre las matanzas y las violaciones. Cuenta cómo cada mujer era arrastrada por tres soldados y era violada. Cuando los soldados terminaban, llevaban a la mujer a la fuerza al bosque.

Otra mujer llora suavemente: “A las mujeres, las cosas que les hicieron. A los chicos inocentes, a las ancianas sin culpa, a inservibles mujeres casadas como yo. ¿Qué culpa pudimos haber tenido?”.

Los hombres dan más detalles sobre las violaciones y las muertes horribles de mucha gente que fue incinerada viva. Uno de los hombres explica: “Hubo matanzas, por aquí, por allá. Entonces pedimos una base militar. Primero íbamos a pedir una estación de policía, pero eso no era suficiente para protegernos. Entonces petitionamos una base militar. Nosotros, los hombres, construimos esa base”.

Consciente de que las mujeres habían sido interrumpidas sistemáticamente, el equipo móvil decidió encontrarse con un grupo de mujeres a solas. Otra vez, la transcripción es extensa, con lo cual la sintetizaré.

Las facilitadoras daban la bienvenida a las mujeres: “Aquí estamos para conversar acerca de distintos temas vinculados a la guerra. La idea era obtener su visión de conjunto, como mujeres, como un grupo pequeño. Toda la información que den es totalmente confidencial y no tienen por qué preocuparse... Siéntanse en plena *confianza*”. El equipo de la CVR explica que les interesa saber cómo era la vida antes y durante el conflicto armado. Para incentivar a la conversación comenzaban preguntándoles a las mujeres cómo están y si se encuentran bien organizadas.

Una de las mujeres contesta: “Todavía no estamos organizadas, nosotras, las mujeres, todavía no estamos bien organizadas. Antes estábamos completamente desorganizadas. Pero ahora nos estamos organizando porque algunas de nosotras ya conocemos nuestros derechos. Antes ni siquiera sabíamos cuáles eran nuestros derechos. Todavía estábamos en

[13]

la oscuridad. Los hombres nos humillaron, nos decían ‘¡qué saben las mujeres!’. Incluso nos decían –aún nos lo dicen–, que sólo venimos a dormir a las reuniones. Pero poco más, poco menos, conocemos nuestros derechos”.

Otra mujer añade: “Fuimos marginadas por los hombres. ¡Ay, todavía ahora el machismo reluce! Ahora hablamos en las asambleas, más o menos. Por ejemplo, antes había mucho analfabetismo. No había educación. La gente se preguntaba por qué debería educar a las niñas cuando todo lo que iban a hacer era arrear ovejas y cuidar la casa. Hoy en día nosotras queremos que nuestras hijas vayan a la escuela”.

Las facilitadoras siguen con el tópico de la educación, que aún a las mujeres en sus lamentos por haber interrumpido sus estudios. Ninguna de ella había terminado la primaria. Además, desde el momento en que SL comenzó con el proselitismo, los programas de la escuela cambiaron drásticamente. Cuando la conversación gira hacia el tema de Sendero, dos de las mujeres les aseguran a las facilitadoras que se sienten mucho mejor cuando se olvidan. Hay una oleada de murmullos afirmativos. Una mujer le asegura al equipo de la CVR: “Cuando me olvido me siento bien. Recordar (lo que pasó) incluso ahora, me vuelve loca. Se me hace muy difícil poder soportarlo. Pero cuando me olvido me siento más o menos. Es tan duro responder a sus preguntas, tan difícil volver atrás y recordarlo todo”.

La facilitadora del grupo focal no se inmutó: “Es necesario y muy importante recordar lo que pasó para que no pase nunca más”.

Las mujeres sí participan y hablan, usando casi siempre la primera persona del plural en sus respuestas. Describen al líder senderista que se apoderó de la escuela local, y también las amenazas que ellos usaban para hacerlos participar en SL. Ellas explican que por falta de dinero, con tantos niños de los que ocuparse, no pudieron escapar a la seguridad relativa que ofrecía Lima. Ellas se quedaron, al tiempo que sus hombres huían hacia la costa, o trataban de enviar a sus hijos lejos donde no pudieran ser dañados. Sus hijos se enfermaban con frecuencia, especialmente de *susto* porque había demasiada violencia. Las enfermedades de sus hijos eran agravadas por el hambre: tanto los senderistas como las tropas del ejército robaban animales y destruían los sembradíos. No había comida, a veces no había nada más que agua saborizada con sal. En este punto una de las facilitadoras pregunta a las mujeres cómo se habían comportado los soldados.

La primera lista de injusticias incluye a los familiares asesinados por los soldados. Las mujeres que perdieron a sus maridos describen el perdurable impacto de su pérdida. A pesar de las pérdidas emocionales, insisten en lo diferente que hubiera sido la vida si sólo hubieran tenido a sus maridos con ellas. No hubieran sufrido tanto la pobreza. Las mujeres vuelven una y otra vez al punto de cuán difícil era hacerse cargo de los cultivos, el ganado y los niños. Siempre estaban corriendo, esperando el sonido de los disparos, de los helicópteros, de las botas de cuero en sus puertas. Los animales se morían o eran robados.

Una mujer comienza a llorar mientras describe detalladamente al pequeño burro que perdió. “Lloré tanto por mi burrito. Los soldados me lo arrebataron. ¡Lo sirvieron a todas esas mujeres para el Día de la Madre! ¡Se lo llevaron! Finalmente fui a la base y pregunté a los oficiales sobre mi burrito. Me dijeron: ‘¿Dónde pudo haber ido tu idiota burrito?’ ¡Después de haberlo cocinado y habérselo ofrecido a todas esas mujeres! Ese tipo de cosas hacían. ¡Cocinaron a mi burrito y se lo sirvieron a las mujeres en el Día de la Madre! Cuando mi esposo me acompañó a la base para quejarnos nos golpearon”.

Otra repite que vivían a las corridas, escuchando constantemente el sonido de los disparos. Estas afirmaciones se convierten en un estribillo. Sus hijos se enfermaban de

[14]

susto y hambre; aquellos que podían se iban para Lima. Los que no, se quedaban, pero mandaban a sus maridos e hijos para que estuvieran lo más seguros posible. El doloroso estribillo.

“Cuando los soldados llegaron aquí tuvimos que correr y escondernos en las barrancas. Tiraban querose sobre las cosechas que habíamos almacenado. Cagaban en el trigo o en la cebada que estábamos acopiando, mezclaban su mierda con los cereales para que no hubiera nada que comer. Así teníamos que cargar nuestros cereales con nosotras cuando escapábamos. ¡Teníamos ganado! Se lo llevaban incluso en helicóptero. Por eso la gente aprendió a tomar. ¡Había mucho dolor! ¡Mucho miedo!”.

De nuevo, una de las mujeres insiste: “Al recordar aquella vida nos damos cuenta del peso con que cargábamos. Nos sentimos mucho mejor cuando olvidamos”.

Una de las facilitadoras se intercala: “Es difícil recordar. Es triste, es complicado. Pero también es muy importante recordar”.

Las mujeres continúan y sus quejas sobre los soldados son múltiples. Una de las mujeres repite: “Se llevaron nuestros animales. Destruyeron nuestras cosechas, no teníamos nada que comer”. Otra agrega: “Muchas de las jóvenes mujeres quedaron embarazadas”. Y otra: “Violaban a las mujeres jóvenes. Saqueaban nuestras casas. Se llevaban nuestros animales en helicópteros. ¡Ay, la vida cambió completamente!”.

De manera abrupta, una de las facilitadoras interviene: “Bueno. Ahora sabemos que tenemos derechos. En ese momento algunas de las mujeres participaron en Sendero. ¿Había algunas mujeres líderes (de Sendero Luminoso) aquí?”

Una de las mujeres responde: “Ay, no. Las mujeres de aquí no participaron en Sendero, sólo mujeres de otros lugares. Vi a algunas de ellas. Quizá ellas ya sabían que tenían derechos y por eso se unieron. Pero no las mujeres de aquí”.

“No, aquí no”, añade otra mujer. “Pero hubo algunas en otros lugares. Quizás esas mujeres sabían todo acerca de sus derechos. Pero no fue así aquí”.

Otra mujer levanta la voz: “Bueno, hablar me da miedo. Personalmente tengo miedo de hablar de esto. Se dice que Sendero podría resurgir. Quién sabe, podría haber algunos de ellos en este pueblo, ¿no? ¿Qué pasaría si se descubre? Tengo mucho miedo”.

“¿Hay resentimiento aquí, entre la gente de este pueblo? ¿Quieren hablar sobre esto?”, pregunta la facilitadora.

“No, no hay resentimiento. Sólo queremos olvidar. Con mucha gente nunca hablamos sobre esas cosas. Sólo en las familias, ahí recordamos, hablamos. Pero no en un grupo como éste”.

Con estas últimas palabras de parte de una de las mujeres se cierra el grupo focal. Una de las facilitadoras agradece a las mujeres por su participación y reitera lo que ella y su colega dijeron antes: “Sabemos que es difícil hablar sobre estas cosas, pero también es importante hacerlo. Esperamos haberlas ayudado a aliviarse un poco hablando. Recuerden que esto también es difícil para nosotras, pero no es en vano, les va a hacer bien. Entonces, les agradecemos y también les recordamos que siempre tienen que hablar. No se callen. Tienen que hablar, así estas cosas no vuelven a pasar nunca más”.

Estaba impresionada con estas transcripciones por muchas razones. Se trataba de una de las comunidades con las que mi equipo de investigación y yo habíamos estado trabajando. Por tanto, me interesaba el tipo de recuerdos relatados en estos grupos focales porque el contexto en el cual los testimonios son dados y recibidos es central en relación con las formas que esos testimonios adquieren.

[15]

Como lo mencioné, esta comunidad había sido una base de apoyo para Sendero. No obstante, la tipología de la víctima es importante en términos de la comprensión del énfasis que los hombres ponen en la inocencia. El heroísmo de la identidad rondero no está disponible para los hombres de esta región de Ayacucho: su participación armada estuvo en el lado perdedor de esta guerra. Por tanto, las categorías de las víctimas son una fuente significativa de “capital narrativo” cara a cara con la CVR y, metonímicamente, con el Estado. Las muertes inocentes, los niños temblorosos, y las mujeres violadas son importantes categorías de potencial reparación. En consecuencia, las mujeres eran alternativamente silenciadas mientras que su sufrimiento era apropiado para “finés comunales”.

De hecho, forjar demandas como víctimas inocentes juega con el dualismo que conforma la lógica de la ley y estas comisiones premunidas con la aclaración histórica. En las asambleas sostenidas en esta comunidad previas al arribo de la CVR, se decidió que la gente debería hablar sólo sobre aquellos que murieron a manos de los soldados. Como nos lo explicaron, el interés era doble: cuando las autoridades convocaban las asambleas y comenzaban a trazar sus proyectos de memoria, le decían a la gente que las viudas y los huérfanos eran grupos de interés para la comisión. Como nos dijo el presidente de esta comunidad: “Uno de los huérfanos se paró y dijo que estaba listo para contarle a la comisión sobre la muerte de su padre. ‘Les diré cómo Antonio Sullqa y Clemente Gamboa lo mataron, cómo cortaron su garganta...’. Bueno, ¡Antonio y Clemente estaban parados justo enfrente de él! Sabíamos que no podíamos hablar de eso así o nos estaríamos matando unos a otros de nuevo”. Por eso las autoridades comunales decidieron que sólo se hablaría de ciertas muertes con la CVR, aquellas que ocurrieron a manos de las fuerzas armadas. Además, había preocupaciones sobre si la gente empezaría a hablar sobre las matanzas dentro de la comunidad, ya que eso hubiera sido tomado como una prueba de la presencia de Sendero en la comunidad y de sus simpatías durante la guerra. De esta manera, el proyecto de memoria hacía hincapié en las “víctimas inocentes”, y constantemente se les decía a las mujeres que se quedaran calladas por miedo a que ellas “cambiaran la información”.

Además, como sucedió en muchas comunidades, las autoridades peticionaron la instalación de una base militar con fines de “protección”. Esta ironía se repite en muchísimos pueblos: ¿Cuál era el temor más grande, los soldados o los vecinos? Y una vez que la decisión estaba tomada, ¿la seguridad de quién y a qué precio?²⁷

Yuxtapongamos el primer grupo con el segundo, conformado sólo por mujeres. Me impresionaron los guiones de las narraciones: los hombres contaban las batallas y los ataques mientras que las mujeres tendían a focalizar en los aspectos cotidianos de la vida durante la guerra. El trabajo no pagado de las mujeres –y frecuentemente subvaluado– se transforma en algo aún más oneroso en el contexto de la guerra: “Al recordar aquella vida nos damos cuenta de que teníamos un gran peso encima”. Como sabemos, las mujeres estaban involucradas en actividades defensivas en sus comunidades; también eran responsables por el mantenimiento de sus hogares de cara a los desafíos duales de la violencia política y de la pobreza, que se vio agudamente incrementada a causa de la guerra. Aunque el sobrevivir puede ser “menos dramático” que la lucha armada, un análisis de

²⁷ Uno reflexiona aquí sobre el impacto de la militarización y de las nuevas formas de seguridad e inseguridad que una presencia militar sostenida implica. Para continuar con interesantes discusiones sobre este asunto ver ENLOE C., *Does Khak: Become You? The Militarisation of Women lives*. London: Pandora Press. 1988.

la economía doméstica de la guerra revela el punto hasta el cual la supervivencia en sí misma se convierte en una lucha diaria. Vivir en cuevas por meses, mudarse de un lugar a otro diariamente, cocinar y cuidar a los niños en condiciones arduas –estas mujeres no limitaron su protagonismo a los modelos de épica masculina–²⁸. Todas las mujeres lucharon; algunas estaban armadas.

Además, el *focus group* estaba guiado por algunas premisas de sentido común sobre las mujeres y la guerra. Convocar un grupo formado por azar para hablar “como mujeres en total confianza” resuena a impulsos feministas y terapéuticos bienintencionados. La incitación al discurso depende de la creencia de que hablar es algo intrínsecamente sanador, y por tanto, participar en grupos de discusión proveería a las mujeres “algo de alivio”. Esto estaba en desacuerdo con la insistencia de las mujeres en olvidar, y ciertamente en contradicción con la mujer que finalmente dijo a las facilitadoras que tenía “miedo de hablar”. En el contexto del conflicto civil uno puede sólo asumir que el azaroso conjunto de un grupo de mujeres es apromblemático si ellas son primero definidas como periféricas en relación con el conflicto. Al definir a las mujeres como no combatientes –al asumir que las mujeres son un grupo homogéneo y apolítico de testigos o víctimas–, uno tiene la ilusión de producir un grupo con intereses compartidos basado en su identidad como mujeres. Es ésta una asunción cuestionable en muchos casos, y lo es aún más en el caso de Perú donde, estimativamente, un 40% de los militantes de Sendero Luminoso lo constituían mujeres²⁹.

Mencioné que mi equipo de investigación y yo trabajamos con esta comunidad, y con base en ello aprendimos los nombres de algunas de las mujeres que participaron de los grupos de discusión. Una de las mujeres es la esposa de un ex cabecilla local de Sendero Luminoso, y nos han asegurado que ella había sido tan despiadada como él. Entonces, más que un ambiente terapéutico, varias de las mujeres que participaban del grupo estaban muy preocupadas por las consecuencias de lo que pudieran decir frente a alguien que consideraban como responsable de haber ejercido una violencia letal en su comunidad.

Antes de continuar, espero haber demostrado la complejidad de las experiencias de las mujeres y las múltiples posiciones subjetivas que asumieron durante el conflicto armado interno. Además, las mujeres en los grupos de discusión insistían en que la vida había cambiado por completo, y se referían a las consecuencias destructivas pero también transformativas de la violencia política. Como Rehn y Sirleaf señalan:

El conflicto puede cambiar los roles de género. Las mujeres pueden adquirir mayor movilidad, recursos y oportunidades de liderazgo. Pero esta responsabilidad adicional viene sin que haya ninguna disminución en las demandas de sus roles tradicionales. Por tanto, el espacio momentáneo en el que las mujeres asumen roles no tradicionales y típicamente asumen responsabilidades mucho mayores dentro de los ámbitos doméstico y público, no necesariamente implica un avance en la igualdad de género³⁰.

Esta paradoja resuena a través de mi investigación. Paralelamente a las muchas pérdidas e injusticias que sufrieron, las mujeres también se refieren a los aspectos liberadores del

²⁸ THEIDON K., “Disarming the Subject: Remembering War and Imagining Citizenship in Peru”. *Cultural Critique*, 54:67-87, 2003.

²⁹ Ver el Informe Final de la CVR, vol. 8, sobre las mujeres en Sendero Luminoso.

³⁰ REHN E. y SIRLEAF E. J., *Women, War and Peace: the Independent Expert's Assessment on the Impact of Armed Conflict on Women and Women's Roles in Peace-building*. New York: Unifem, 2002, p. 2.

conflicto armado interno y qué tanto los años de la guerra les han hecho “abrir los ojos”. Y había otro conjunto de narrativas paralelas que me impresionaron: los relatos de las mujeres sobre las violaciones.

LAS OTRAS “HÉROES”

... la capacidad agentiva de las mujeres es reconocida sólo cuando las mujeres actúan en formas que se asemejan al tradicional comportamiento masculino. Esta restricción del sentido de la agencia implica una profunda injusticia hacia las sobrevivientes de la violencia sexual, y a la investigación, la práctica y el activismo feministas que han buscado consistentemente hacer visibles las acciones involucradas en el sobrevivir, sobre llevar y resistir a la victimización.

Tanto en Sudáfrica como en Perú, las comisiones de verdad organizaron una serie de audiencias públicas en las que las mujeres fueron invitadas a hablar sobre las violaciones de sus derechos humanos. Ross ha demostrado cómo las audiencias sudafricanas esencializaban el sufrimiento y el género, centrándose en la violencia sexual y las violaciones antes que en la injusticia sistemática del *apartheid* o en los roles de las mujeres en sus esfuerzos de resistencia³¹. En las Audiencias Públicas en Perú, diversas mujeres contaron acerca de sus experiencias de violación. Una de ellas presentó a la audiencia a su hija de seis años, nacida como resultado de la violación grupal que esta mujer había sufrido en prisión. Por cada espectador que se retorció de disgusto, había otros aplaudiendo la valentía de estas mujeres por haber salido adelante y por haberse atrevido a hablar en público sobre “sus violaciones”.

Estas exhibiciones son problemáticas³². Al ser construidas estas mujeres como corajudas por hablar claro, la implicancia es que solamente aquellas mujeres que eligieron un foro público para hablar sobre las violaciones son contadas entre las valientes. Otras formas de coraje que las mujeres practicaron cotidianamente durante el conflicto armado interno han sido oscurecidas, y otros mensajes son también transmitidos en las grabaciones de estas exhibiciones públicas. Se contaban historias de guerra a la audiencia, historias que estaban repletas de héroes y víctimas –un dualismo genérico que nos resulta demasiado familiar.

Deseo destacar el protagonismo de las mujeres que enfrentaron la violencia sexual, pero no en nombre de lo “políticamente correcto”. Más bien, me moviliza un deseo de indagar en los relatos de guerra que continúan reproduciendo el heroísmo de los hombres y la victimización de las mujeres. Este dualismo aún estaba presente en el trabajo de la CVR. A modo de ejemplo, durante la Audiencia Pública con los ronderos –un grupo que elaboró una identidad colectiva como héroes de *la Patria* y como actores clave en la “derrota de la subversión”–, ni una sola mujer fue invitada para dar su testimonio, aun cuando hay mujeres que no sólo participaron en las rondas campesinas sino que también

³¹ ROSS, *ob. cit.*

³² En parte me preocupa el uso pedagógico del sufrimiento o pena de otro como medio de sensibilizar a aquellos que no reconocen a otro capaz de sentir dolor. Pienso aquí en las mujeres africanas de la película “Long Night’s Journey into Day”, cuyas piernas cedían debajo de ellas mientras se lamentaban con angustia ante las fotos policiales de los cuerpos mutilados de sus seres queridos durante las Audiencias de la Amnistía. Imagino que el objetivo era enseñar a los blancos que los otros “más oscuros” también sufren (aunque en esta cinta es la muerte de una joven mujer blanca lo que está colocado en primer plano).

alcanzaron el puesto de comando³³. En esas Audiencias Públicas en las que las mujeres participaron fueron incluidas en tanto víctimas, *las lloronas*, en contraposición a los héroes de *la Patria*.

Sin embargo, como me han comentado en cada pueblo con cuyos habitantes he trabajado, las mujeres participaron en la defensa de sus comunidades, de sus familias y de sí mismas. Los relatos de guerra influyen las políticas públicas implementadas en el período posterior al conflicto: estos relatos constituyen una forma de acción política. En consecuencia, me gustaría explorar las múltiples formas de heroísmo, de las cuales no todas son “masculinas”³⁴.

“ME ARMÉ DE CORAJE”

Ya he hecho referencia a la descripción densa ofrecida por las mujeres en relación con las dimensiones de género de la guerra. Ahora trataré el tema de las conversaciones que tuvimos con mujeres que eligieron hablar con nosotras sobre las violaciones. Mi equipo de investigación y yo pasamos meses enteros viviendo en las comunidades con las que trabajamos, y esto puede explicar por qué algunas mujeres nos buscaron para hablar sobre sus propias experiencias de violación y violencia sexual. Nunca preguntamos a ninguna mujer si había sido violada. La pregunta me parecía éticamente inaceptable dado que no estábamos en la posición de ofrecer a estas mujeres ninguna forma de justicia o de consuelo sostenido. Como observarán, estas conversaciones comparten un mismo formato: “Vuelva mañana”. Las mujeres necesitaban tiempo para prepararse para hablar sobre este tema, y para preparar un espacio de privacidad absoluta. Ninguna de estas mujeres había hablado antes sobre las violaciones que sufrieron ya que habían sentido que tenían mucho que perder si sus esposos o hijos las escuchaban.

Lo que fue notable para mí fue la insistencia puesta en el contexto: cuando las mujeres nos contaban sobre las violaciones ubicaban esas violaciones dentro de una dinámica social más amplia. Daban detalles sobre las precondiciones que estructuraban su vulnerabilidad y resaltaban sus esfuerzos por minimizar el daño hacia sí mismas y hacia la gente de la que estaban a cargo. Con su insistencia en el contexto, las mujeres situaban sus experiencias de violencia sexual –episodios de victimización brutal– dentro de narrativas femeninas de heroísmo.

Cayara, febrero de 2002

Elizabeth estaba sentada en la entrada de la casa de su tía. Muchos años atrás su tía la había puesto a cargo del cuidado de su hogar, cuando ella escapó hacia la costa en busca de una seguridad relativa. Leonor se sentó a hablar con ella. Cuando estaban hablando, Leonor se dio cuenta de que había moretones en su cara y que su nariz estaba abierta con arañazos. Su ojo izquierdo estaba cubierto por un colgajo de piel y Elizabeth luchaba por

³³ THEIDON, *ob. cit.*, 2003.

³⁴ La investigación de Patricia Connell sobre la violencia doméstica me ayudó mientras analizaba lo que las mujeres hablaban con nosotras. En su trabajo ella critica el uso de la agencia y de la *victimidad* porque ambos conceptos son concebidos como mutuamente excluyentes. Ella observó que a menudo las mujeres se rehusaban a caracterizarse como víctimas, lo cual le permite a ella argumentar que el centralizarse en el estatus de víctima de la mujer “crea un marco para que otros la conozcan no como persona sino como víctima, alguien sobre quien se ha ejercido violencia”. CONNELL P., “Understanding Victimization and Agency: Considerations of Race, Class and Gender.” *Political and Legal Anthropology Review*, 20(2): 116-143, 1997.

levantar su párpado contra el peso de una mucosa viscosa que ocluía su visión. Su voz se agudizaba llenándose de ira:

Mi ojo, los soldados me hicieron esto. Esos *qanras*, *allqus* (sucios, perros). Me arruinaron la vida. Me lastimaron y ahora no puedo ver bien. Algunas veces me caigo en la oscuridad. La última vez que me caí llevaba dos baldes llenos de agua, y me arañé la cara. Los soldados vinieron a mi casa llamándome ‘*terruca*’. ‘*Terruca*’, continuaban gritando mientras me pegaban, mientras abusaban de mí. Hasta que un día me armé de coraje y agarré a uno de ellos por el pecho y le pegué con un tronco. Lo rechacé. Entonces me fui a Ayacucho, dejando todas mis cosas abandonadas. No tenía un marido que me protegiera, que me cuidara y que los hiciera respetarme (su voz se elevaba con cada palabra). Cuando tienes un hombre a tu lado, de alguna manera eres más respetada.

Como Elizabeth lo dejó en claro, las más vulnerables eran las viudas y las solteras, las mujeres que no tenían un hombre en la casa que las proveyera de, al menos, una forma de protección simbólica. Muchas mujeres nos decían, honestamente, que se habían casado para tener acceso a esta protección. De hecho, en contraste con pautas sostenidas durante mucho tiempo, las mujeres empezaron a elegir compañeros más jóvenes debido a la falta de hombres maduros en sus comunidades.

Elizabeth no estaba sola en este “armarse de coraje”: muchas mujeres describieron cómo habían tratado de defenderse, con palos, dientes, gritos y empujones. No obstante, no sólo peleaban para defenderse a sí mismas; muchas mujeres peleaban para proteger a sus seres queridos. Otras mujeres nos dijeron cómo habían rellenado sus faldas polleras con ropa enrollada simulando estar embarazadas con la esperanza de disuadir a los potenciales violadores. Incluso otras manchaban con sangre sus bombachas esperando que su estado ensangrentado disuadiera a los soldados. Incluso otras recurrieron a “embarazos estratégicos” para ejercer alguna forma de control sobre sus cuerpos, como Maricela Tomayro nos contó.

Hualla, abril de 2003

Los soldados arrastraron a mi marido fuera de la casa, lo arrastraron hacia la plaza. De allí lo llevaron a algún otro lugar y lo desaparecieron. Los seguí a Canaria para buscarlo. Les pedí que me lo devolvieran. Esos soldados me pegaron. Todavía me duele el pecho de todo lo que me pegaron. Querían abusar de mí pero no pudieron. Después de todo lo que me hicieron no los perdono. Mis chicos nunca fueron a la escuela por su culpa. ¡Déjenlos que vengan y que al menos arreglen mi casa! Tengo tres hijos. Después de que mi esposo desapareció, los soldados quisieron abusar de mí. Trataron, y yo sabía que no quería tener un hijo de esos demonios. Decidí que sería mejor tener el hijo de uno de mis paisanos. Eso es lo que decidí. Entonces tuve un hijo con un viudo para asegurarme de no darles a esos malditos cerdos ese placer. Violaban en grupos, formaban filas uno detrás de otro. ¿Cómo podría una mujer aguantar tantos hombres? Ni siquiera una perra podría tolerarlo.

Hay mucho condensado en las palabras de la señora Tomayro. Fueron las mujeres las que abrumadoramente se comprometieron en “la búsqueda” (la búsqueda de los desaparecidos y muertos). La búsqueda las llevó a comisarías, bases militares, hospitales y prisiones. Para las mujeres rurales de habla quechua, el Estado estaba personificado en el español que utilizaban para maldecirlas, en las puertas cerradas en sus caras, en las palizas y en otras formas de abuso que encontraban mientras emprendían las búsquedas de sus seres queridos.

Además, el acceso a los programas de salud reproductiva y planificación familiar era mínimo antes de la guerra y, más adelante, fue reducido por la destrucción de cientos

[20]

de centros de salud rurales durante el conflicto armado interno. Las violaciones frecuentemente daban como resultado embarazos no deseados, con lo que traían más dolor y estigmas tanto a la madre como a su hijo. Dentro de un contexto de elecciones mínimas, y de aún menos recursos de protección, las mujeres buscaron ejercer algún control sobre sus cuerpos, aun si el rango de control estaba reducido a poder embarazarse estratégicamente de un miembro de su comunidad antes que de un grupo de soldados alineados en espera de una violación grupal.

Por último, la señora Tomayro transmite el perdurable impacto económico que implica la pérdida de un marido. En el marco de una economía campesina, las mujeres necesitan acceder al trabajo masculino para complementar sus propias actividades productivas. Son también los hombres los que más habitualmente toman parte en las migraciones estacionales, lo que representa una ganancia en efectivo que suplementa la economía doméstica. En su demanda –quizá acusación sea la palabra más adecuada– de que “Mis chicos nunca fueron a la escuela por su culpa. ¡Déjenlos que vengan y que al menos arreglen mi casa! Tengo tres hijos”, ella también transmite una visión de lo que podía constituir una forma de reparación por todo lo que ha perdido y por todo lo que ha sobrevivido.

RITUALES DE SANGRE

En su investigación sobre la violencia sexual durante el conflicto armado interno en Perú, Falconi y Agüero descubrieron que “prácticamente en cada caso los responsables por haber cometido violaciones fueron los miembros de las fuerzas armadas, especialmente del ejército, y, en menor medida la policía y *sinchis*”. De manera similar, en mi investigación quedó claro que aunque los senderistas –y en algunos casos, los *ronderos*– violaban, el uso sistemático de la violencia sexual era una práctica desplegada por las “fuerzas del orden”. En breve, donde había soldados había violaciones.

También las violaciones grupales eran generalizables. Cuando las mujeres describían sus experiencias con las violaciones, nunca se trataba de un soldado sino de varios. “Violaban a las mujeres hasta dejarlas sin poder sostenerse de pie”. Los soldados estaban mutilando a las mujeres con sus penes y las mujeres estaban ensangrentadas. Quisiera seguir reflexionando un poco más sobre estos rituales de sangre.

Cuando se habla de violaciones grupales, deberíamos pensar en por qué los hombres violaban de esta manera. Una explicación instrumentalista indicaría que los soldados violaban en grupo para dominar a una mujer, o para que un soldado pudiera vigilar mientras los otros violaban. Sin embargo, sería una lectura muy limitada atribuir esta práctica a la necesidad de ejercer puramente la coacción o la vigilancia. Cuando un soldado apuntaba su arma al pecho de una mujer, no necesitaba más fuerza. Cuando los soldados bajaban de sus bases en la noche para violar, la “privacidad” no era su preocupación central. Operaban con impunidad.

Claramente, hay un aspecto ritualístico en la violación grupal³⁵. Mucha gente nos contó que después de matar a alguien los soldados bebían la sangre de sus víctimas o se empapaban la cara y el pecho con la sangre. Quiero reflexionar acerca de los lazos de sangre establecidos entre soldados y las matrices ensangrentadas que dieron luz una fraternidad letal. Estos lazos de sangre unían a los soldados, y los cuerpos de las mujeres violadas servían como medio para forjar aquellos lazos. Las violaciones grupales no solamente quebraron

³⁵ Ver la discusión sobre violaciones de guerra y la creación de lazos afectivos entre hombres en Enloe, *ob. cit.*

los códigos morales que generalmente ordenan la vida social: la práctica también servía para erradicar la vergüenza. Cometer actos moralmente aberrantes enfrente de otros no sólo instituye lazos entre los perpetradores, sino también forja *sinvergüenzas* capaces de una brutalidad tremenda. El perder el sentido de vergüenza –una “emoción regulatoria” ya que la vergüenza implica un otro en frente del cual uno se siente avergonzado– crea hombres con una capacidad recalibrada para la atrocidad.

Además las mujeres hacen énfasis en lo que los soldados les decían mientras las violaban: “*Terruca de mierda*”, “*ahora aguanta terruca*”, “*carajo*”, “*terruca de mierda*” e “*india de mierda*”. Los soldados estaban marcando a las mujeres con insultos físicos y verbales³⁶. Por ejemplo, había una base militar en Hualla y los soldados se llevaron mujeres de las comunidades vecinas a la base para violarlas, devolviéndolas con el pelo cortado como un signo de lo que había sucedido. En otras conversaciones en Cayara y Tiquihua, la gente nos contó que las mujeres volvían a las comunidades “cicatrizadas” después de haber sido violadas en las bases. Los cuerpos de las mujeres estaban hechos para atestiguar sobre el poder y el barbarismo de las “fuerzas del orden”.

Sin embargo, se puede imaginar que había algunos hombres que no querían participar en las violaciones. En nuestras conversaciones con ex soldados y ex miembros de la marina, ellos insistían en que la participación en las violaciones era obligatoria. Es ciertamente posible que esta ficción sea un bálsamo para su conciencia; no obstante, algunos hombres dieron detalles acerca de lo que les sucedía a aquellos soldados y miembros de la marina que no querían tomar parte de las violaciones. Permítanme citar sólo un ejemplo tomado de una conversación que tuve con alguien que sirvió en la marina en Ayacucho a comienzos de los ochenta: “Entre los reclutas, algunos eran realmente jóvenes. Eran apenas adolescentes. No querían participar (en las violaciones). Si uno rehusó, los demás lo llevarían aparte para violarlo. Todos lo violarían, con ese pobre gritando. Dijeron que estaban cambiando su voz: con tanto grito su voz bajaba. Ya no era mujer”.

Violar era un medio a través del cual se establecían jerarquías de poder entre los grupos armados y la población, aunque también dentro de las fuerzas armadas mismas. En las comunidades era habitual que los soldados forzaran a los hombres a mirar cómo violaban a sus mujeres, hijas y hermanas. Y es notable que los soldados violaran por rango y por turnos, comenzando por los oficiales y terminando con los reclutas.

Cuando hablamos de militarización necesitamos pensar más allá de la permanencia de los soldados en las bases. La militarización también implica cambios en lo que significa ser un hombre o una mujer: la hipermasculinidad del guerrero está basada en el borramiento de las características consideradas como “femeninas”³⁷. Esta hipermasculinidad es construida a través del desprecio de lo femenino, y un aspecto de este menosprecio es la feminización de otros hombres al inflingirles violencia física y simbólica³⁸.

³⁶ En el Informe Final de la CVRP ellos también notan el uso de insultos étnicos durante las violaciones y torturas ejercidas contra hombres y mujeres. Echar leña a la violencia (fue un sentido de que los otros quechua-hablantes eran semisalvajes, cuestión que también captura el término “chuto”).

³⁷ Ver THEIDON, *ob. cit.*, 2003.

³⁸ En su análisis de la dinámica de género del conflicto armado, Cockburn sostiene que, “...el sistema de dominación masculino incluye una jerarquía entre hombres que produce masculinidades diferentes y desiguales, siempre definidas en relación no sólo entre sí, sino también en relación a las mujeres”. COCKBURN C., “The Gendered Dynamics of Armed Conflict and Political Violence”. In: Moser and Clark (eds.), *Victims; Perpetrators or Actors?* London: 2ed. Books, 2001, p. 16.

NARRANDO EL HEROÍSMO

Huaychao, febrero de 2003

Marcos me llamó la atención la primera vez que lo vi en una asamblea comunal. Era una figura que se destacaba en caqui y negro, con su postura exageradamente erecta. Llevaba corto su negro pelo y su pulóver negro alternaba con sus pantalones camuflados, que finalmente cedían ante sus negras botas de cuero. En el cuarto que compartía con su joven esposa había varias fotos suyas con su arma y cinturones de municiones colgando de la pared. Me había contado acerca de esas fotos una noche.

Yo estaba en el ejército cuando las papas quemaban (se refiere al fragor de la batalla), en el '95 o '96. Una vez estábamos afuera patrullando cerca de Pucayacu donde estábamos en conflicto con los terrucos y matamos a seis de ellos. Capturamos una china (una chica joven). Éramos en total unos 28 soldados, y todos violaron a esa pobre china. Yo no lo hice porque ella tenía 15 años y yo sólo 17, sentí que era como mi hermana. Después la dejamos escapar porque nos lo rogó, decía que había sido forzada a colaborar con Sendero en la selva. Me pregunto dónde habrá ido a parar esa pobre chica. Los oficiales en el ejército permitían todo eso. Incluso nos decían 'Esos malditos *terrucos* violan a sus mujeres'. ¿Eso está bien? Por eso nos dijeron: 'Los autorizamos (a violar)'. También nos hicieron comer pólvora como desayuno. Nada nos asustaba.

Ni un solo hombre de aquellos con los que hablé admitió haber participado en las violaciones. Ha habido hombres que me contaron que mataron, pero en ninguna conversación ningún hombre habló nunca sobre haber participado en violaciones³⁹. Los mismos hombres que han descrito en detalle los últimos minutos y expresiones de las víctimas moribundas –la lucha que da lugar a extremidades vencidas, al silencio, a ojos fijos y vidriosos– siempre han insistido en que eran otros hombres los que violaban. Es difícil narrar el propio heroísmo cuando un hombre era uno de los 28 soldados que esperaban en fila para violar a una jovencita. No estoy acusando a Marcos, pero sí estoy haciendo notar que cada narrador selecciona los hechos que presenta a su interlocutor, y la representación de sí mismo es una continua negociación entre qué ocultar y qué revelar. Pero al escuchar a Marcos escuchaba los ecos roncros de aquellos reclutas.

En muchas oportunidades me he preguntado dónde están ahora estos ex soldados y marinos. ¿Cómo están estos hombres después de lo que han hecho? Veo esto como un legado de la guerra que no ha sido estudiado, y obviamente como algo que metodológicamente sería desafiante. Sin embargo, debo asumir que también cargan con las huellas

[23]

³⁹ El hecho de que yo sea una mujer pudo, ciertamente, haber contribuido al silencio de los hombres en torno a las violaciones; sin embargo, he trabajado con muchos asistentes de investigación que eran hombres, y ellos no encontraron a los hombres comunicativos sobre este tema. Este puede ser un silencio más dominante. Por ejemplo, en las entrevistas que Jean Hatzfeld realizó a genocidas en Ruanda, los hombres hablan, de hecho, mucho sobre las matanzas y su participación en el genocidio. Sin embargo mientras leía *Machete Season: The Killers in Rwanda Speak*, noté que ninguno de los hombres se incluía al describir las violaciones masivas de mujeres y niñas tutsi. Kelly ofrece un modo de comprender esta reacción: "Cualquier 'paz' involucra revisar las relaciones de poder, no sólo entre naciones o partes de naciones, sino también entre hombres y mujeres. Los intentos son realizados para reclutar a las mujeres dentro de la agenda de 'reconstrucción de la nación' en la que sus necesidades están subordinadas a aquellas que implican la reparación del daño hacia los hombres y a 'la sociedad'. Un elemento central, aunque universalmente negado, es el hecho de que las violaciones sufridas por las mujeres durante el conflicto armado son silenciadas, ya que los hombres combatientes necesitan ser contruidos como héroes antes que como violadores". HATZKFELD J., *Machete Season: The Killers in Rwanda Speak*. New York, Farrar, Straus and Giroux, 2005, p. 62. Este comentario es sugestivo, pero también requiere prestar atención a la naturaleza del conflicto armado y a la construcción de ganadores y perdedores, héroes y víctimas.

del conflicto armado y de su participación en las atrocidades. Cuando acarician a sus mujeres, cuando miran a sus pequeñas hijas a la cara, cuando se paran frente al espejo, ¿qué es lo que ven reflejado?⁴⁰

“SOBRA DE LOS SOLDADOS”

Hualla, abril de 2003

Caminando por el barrio de San Cristóbal en el distrito de Hualla, Dulia vio una destartalada casa dotada de un solo cuarto que daba a la calle. La casa le impresionó y tocó a la puerta. Serafina Ucharima Chocce la atendió. Tenía 38 años, y una espesa cabellera atada en trenzas, los negros mechones contrastaban con sus mejillas rojas de frío. Dulia le explicó por qué el equipo de investigación estaba allí, y la mujer le dijo que regresara al día siguiente cuando su esposo no estuviera.

Cuando Dulia llegó al día siguiente, encontró a Serafina lavando los platos. Ella hizo pasar a Dulia a su casa, que consistía en un cuarto que servía al mismo tiempo de cocina y dormitorio. Los ojos de Dulia en seguida comenzaron a lagrimear de forma incontrolable por el humo que llenaba el cuarto. Una vez que Serafina terminó con sus tareas, sacudió una piel de oveja para Dulia y le comentó que su esposo ya se había ido, así que podían ir a hablar al fondo.

El aire fresco y el aroma del patio eran un alivio, y las dos mujeres se sentaron sobre pieles de oveja. Previniéndose, Serafina llamó a una de sus hijas: “Sale y vigila que tu papá no venga. Si aparece avísame en seguida”. Algo nerviosa, comentó que no quería que él supiera que ella había hablado con alguien.

Mientras desenvainaban porotos, Serafina describía cuán dificultosa había sido la vida durante la guerra, pero al hablar se iba poniendo visiblemente nerviosa y comenzó a frotarse las manos. Exhalaba largos y tristes suspiros. “Esas tropas mataron gente en todo el camino a Cayara. Cuando llegaron aquí, también abusaron de nosotras”.

“¿Qué fue lo que hicieron aquí?”

“Aquí violaron mujeres. Hicieron desaparecer mujeres. Entraban a las casas y violaban a las mujeres”.

“¿Algunas de las mujeres quedaron embarazadas?”

“Sí, mi hermana quedó embarazada cuando la violaron. Pero el bebé murió, hubiera sido una niña. Cuando estábamos pensando cómo la llamaríamos se murió. Tenía tres días de vida”.

“¿Qué pasó con tu hermana?”

“Ella me contó sólo a mí. Tenía una provisión de víveres y vivía con su marido pero él murió. Los soldados fueron casa por casa, entraban a las casas donde había mujeres que vivían solas. Y entonces las violaban. Los soldados las violaban”.

Cuando empezaba a pensar en lo que le había pasado a su hermana, Serafina apenas podía controlar el temblequeo de su voz. Su cara se llenó de tristeza y comenzó a sollozar. Dulia le acarició la espalda, tratando de consolarla.

Serafina se tomó su tiempo y se calmó.

⁴⁰ El silencio de los responsables es un tema que vale la pena seguir investigando. Me sorprendió el comentario de Antje Krog sobre el hecho de que, en lo que a ella le concierne, ningún violador pidió amnistía a la CVR sudafricana. Ver KROG A., “Locked into Loss and Silence: Testimonies of Gender and Violence at the South African Truth Commission.” In: Moser and Clark (eds.), *Victims, Perpetrators or Actors?*, *ob. cit.*

A mí también, ahí en la montaña. Mi madre y yo habíamos salido sin sus documentos y yo temí que ellos dijeran que ella era una terruca porque estaba sin papeles. Llevando a mi hijo sobre la espalda, volví a nuestra *estancia* para buscarle sus documentos y llevárselos. Mi madre estaba en la casa cuando llegué. ‘Mamá, acá están tus documentos’, le dije. Estábamos en nuestra casa. Era de tarde cuando tres de ellos (soldados) llegaron. Me violaron y cuando yo lloraba mi hijo también lloraba.

Su voz se quebró y lloró. Dulia le ofreció su pañuelo y las dos mujeres se sentaron por unos minutos.

“¿No sé si quieres hablar un rato más?”, le preguntó. Serafina negó con la cabeza. Dulia dudó pero le preguntó si ella había dado a luz.

Serafina negó enfáticamente con la cabeza.

No, no, no. No di a luz. Esto fue en 1989, una tarde. A las cuatro de la tarde entraron a la casa. “Eres una terruca”, decían. Cuando la base estuvo aquí ellos me hicieron esto, no los compañeros sino los soldados. Cuando les dieron la orden de buscar terrucos en las montañas, llegaron a mi casa en la estancia. Ahí es donde pasó. Cuando llegaron le gritaron a mi mamá: “Vieja terruca estás hospedando y alimentando a los terrucos, los terrucos son igual a vos”. Pero les dijimos: “No los hemos visto”. “Oh, ustedes son terrucos. Eso es lo que son”, dijeron. “No, no”, insistíamos. Cuando dijimos eso uno de ellos empujó a mi mamá afuera. Adentro me apuntaban con un arma, me violaron por la fuerza.

Se quedó en silencio unos breves minutos. “Tres soldados me violaron. Todos ellos, los tres. Me violaron”.

“¿Estaban sobrios? ¿Borrachos?”.

“No, estaban sobrios. Eso es lo que me pasó, lo que les pasó a mujeres como nosotras. Algunas quedaron embarazadas por haber sido violadas”. Continuaba llorando. “Me violaron, entraron. “¡Maldita seas! ¡*Warminayahuachkan* (Me haces desear una mujer), *terruca* de mierda!”), Eso es lo que decían, estaban insultándome todo el tiempo. “Si no me dejas, te mato” decían. Presionaban el arma en mi pecho. “Estoy casada, tengo un marido”, les decía. Pero no me dejaron ir. Seguí gritando por mi hijo. “¡Callate, carajo!”, gritaban. Seguían diciendo *groserías* mientras me amenazaban de muerte. Desde ese momento tengo miedo de los *cabitos*. Una vez que terminaron dejaron que mi mamá entrara. Corrí hacia ella, la abracé y lloré. Grité: “*Mamay, imapapaqtaq warmita wacharihuaranki*” (*Mami, ¿por qué pariste una niña?*). Ella me dijo: “Calmate, ya se fueron”. Ella lloró conmigo. Me abrazó y lloramos juntas. Ella dijo: “Esos malditos hijos de puta”. Lloramos, abrazándonos y sosteniéndonos la una a la otra. Eso es lo que me pasó”.

“Serafina, ¿sabe alguien, sabe alguien aquí lo que sucedió además de tu madre?”

“No, sólo yo, mi mamá y mi corazón sabemos. ¿A quién le iba a decir? No cuento nada. La gente podría hablar, por eso no digo nada. Aquí, en este pueblo, esto pasó muchas veces, algunas mujeres dieron a luz los bebés de los soldados. Esos chicos viven en nuestro pueblo, algunos están aquí”.

“¿Qué dice la gente sobre esos chicos?”, Dulia le preguntó.

“Nada, no les interesa. Sólo dicen: ‘Ella tuvo el hijo de un soldado’. Eso es lo que dicen. Miran a las mujeres con desprecio, no las respetan. Algunos dicen: ‘Así son las mujeres’. Hay muchos problemas. Mi hermana se volvió a casar ahora. ¿Qué iba a hacer? Su esposo sabe que fue violada”.

“¿Y su marido dice algo?”

“Sí. ‘*Soldadupa puchunta casarayki*’ (Me casé con las sobras de los soldados). Luego le pega. Al decir esto la golpea”.

[25]

“¿Qué le pasó a tu hermana?”

“Era un día de luna llena. Yo dormía cuando ella llegó llorando y me dijo que un soldado había entrado y la había violado. Había otra mujer a la que ellos habían violado y que había quedado embarazada. Ese niño tendría ahora unos 15 años, pero se murió. Una mujer, Regina Tocayro, tuvo dos bebés de ellos. Ay, hay tantos, pero no los conozco a todos. Pero todos dicen que ellas fueron violadas”.

Dulia y Serafina no habían terminado de hablar cuando una de sus hijas llegó corriendo sin aliento: “¡Mamá, papá ya está llegando!”. Serafina se puso muy ansiosa y preocupada sobre sus enrojecidos ojos. Dulia le ofreció otro fajo de pañuelos de papel y Serafina le pidió que se fuera sin que la viera su esposo. Dulia se dirigió hacia fuera del cerco trasero, pero no sin que antes Serafina susurrara las palabras “vuelva mañana”.

Otra vez vemos que el estigma asociado a las violaciones ha multiplicado el impacto de la violencia sexual. Mis colegas y yo tratamos de equilibrar nuestro respeto por el silencio –la estrategia predominante que las mujeres han utilizado durante muchos años– con nuestra esperanza de que el capturar el punto hasta el que llegaron las violaciones durante el conflicto armado interno podría hacer más difícil que los responsables continuaran negando lo ocurrido. Puedo asegurar que estuvimos siempre erradas al estar del lado del respeto del silencio, y las mujeres que deseaban mantenerlo.

Me gustaría delinear muchos elementos comunes en las experiencias que estas mujeres compartieron con nosotras. La mayoría de las mujeres indicaba que sus esposos habían estado lejos cuando fueron violadas. Como Tamayo ha observado, “para muchas mujeres y niñas, no hay un modo seguro de escapar a las zonas de guerra”. Los hombres tienen una mayor movilidad y, de hecho, muchos de ellos se fueron a ciudades provinciales o costeras para salvar sus vidas, frecuentemente por la insistencia de sus compañeras o madres. Por tanto, muchas mujeres se quedaron solas con sus pequeños hijos y pasaron a tener un riesgo mayor de violencia sexual.

Además, Serafina se fue a las montañas para llevarle a su madre sus documentos de identidad. Cualquiera que fuera detenido sin sus papeles corría aún un riesgo más grande de ser considerado un terrorista, y por eso lo que motivó a Serafina fue el deseo de proteger a su madre. Como en muchos casos, las mujeres se ubicaban en lugares con mayor riesgo de sufrir violencia sexual al esforzarse por proteger a los suyos. Aunque sea obvio, vale la pena decirlo: en la mayor parte de las culturas la socialización de género da como resultado el que las mujeres sean las principales encargadas de proporcionar los cuidados necesarios. A partir de las conversaciones que tuvimos, con frecuencia las mujeres se hallaban confrontadas con la violencia sexual precisamente en aquellos momentos en que estaban tratando de cumplir con sus roles de género. Ser madre, esposa, hermana, esos roles y esas responsabilidades pueden conferir un peligro adicional durante un conflicto armado. Estoy convencida de que esto influyó en la manera como las mujeres hablaron con nosotras sobre las violaciones, y por qué se rehusaron a narrar sólo la victimización. Durante el conflicto armado interno en Perú, las responsabilidades de género implicaron que las mujeres se pensarán a sí mismas como actores en una lucha, sin importar si usaban o no armas.

CONCLUSIONES

“¿De qué manera las instituciones están implicadas en la posibilidad de permitir o impedir la voz? ¿Cómo la disponibilidad de un género moldea la articulación del sufrimien-

[26]

to, asignando una posición de sujeto como el lugar desde el cual el sufrimiento puede verbalizarse?”⁴¹.

Comencé notando que las comisiones de verdad son consideradas como “víctimo-céntricas” en su enfoque de investigación sobre la verdad en momentos de violencia política y terror. Esto puede representar una fuerza y una debilidad al mismo tiempo. Michael Ignatieff ha sugerido que, en parte, el trabajo de las comisiones de verdad consiste en “reducir el rango de mentiras permisibles” que pueden ser razonablemente dichas sobre el pasado. En su uso de estándares evidenciarios más flexibles, las comisiones son efectivas ofreciendo historias alternativas generalmente enfrentadas con las versiones oficiales acerca de lo ocurrido –particularmente cuando los agentes del Estado fueron perpetradores clave–. Sin embargo, su énfasis en las categorías de la victimización –combinadas con la naturaleza altamente genérica del imaginario victimal– pueden inintencionadamente construir otros silencios. Al colocar en primer plano al sufrimiento, pueden oscurecer otras relaciones que las mujeres tienen con sus pasados. Existe algo de ironía: las comisiones están encargadas de investigar la verdad, pero las verdades más amplias que las mujeres narraban eran reducidas con demasiada frecuencia al daño sexual que habían padecido⁴². Claramente los “crímenes de género” no son sólo sexuales. Más bien, las mujeres hablaban extensamente acerca de múltiples factores que estructuraban su vulnerabilidad durante el conflicto armado interno. Estos factores nos dicen mucho acerca de formas permanentes y subyacentes de desigualdad que continúan intactas durante los tiempos de “paz”.

Además, en las conversaciones que mi equipo de investigación y yo tuvimos con las mujeres, ellas insistían en dar sentido y en ejercer algún control sobre su sufrimiento y su protagonismo ante el peligro. Si es cierto que “una comprensión del conflicto signada por el género permanece conspicua por su ausencia”, entonces las comisiones deben moverse más allá de su lógica víctima-céntrica para abrir un espacio narrativo a fin de que las mujeres puedan proveer testimonios que no estén limitados al sufrimiento y a la pena. Por tanto, la “sensibilidad de género” haría menos énfasis en las estrategias designadas para lograr que las mujeres hablen sobre “sus violaciones” y más en el desarrollo de nuevas formas de escuchar a lo que ellas tengan para decir sobre la guerra, y cómo lo digan.

Y también está lo que las mujeres callan. Dado que, de forma abrumadora, las mujeres se negaron a hablar de sus violaciones en primera persona, entonces ¿qué podría constituir reparaciones? ¿Cómo se intenta “reparar” lo no dicho? No formulo la pregunta retóricamente: diseñar programas de reparaciones que atiendan a la cuestión de la violencia sexual contra las mujeres es un desafío que confronta a muchos países en su etapa posconflicto. No tengo la respuesta, pero estoy muy segura acerca de cómo *no* hacerlo.

En su trabajo sobre una asesoría con mujeres sierraleonesas refugiadas en el norte de Liberia, Mats Utas se sorprendía de que cada mujer que ellos habían entrevistado declarara sin dificultad que había sido violada durante la guerra civil sierraleonesa. En seguida se dio cuenta de que el presentarse a sí mismas como víctimas era un medio a través del cual las mujeres se establecían efectivamente como “receptoras legítimas” de la ayuda humanitaria⁴³. Los testimonios sobre violaciones eran un pasaje hacia la ayuda.

⁴¹ Ver Das, Kleinman et ál., “Introduction”. In: Das, Kleinman, Locke, Ramphel and Reynolds (eds.), *Remarking a World: Violence, Social Suffering and Recovery*. Berkeley: University of California Press, 2001, p. 5.

⁴² Para un proceso similar en Sudáfrica, ver Ross, *ob. cit.*

⁴³ UTAS M., Victimcy, Girlfriending, “Soldiering: Tactic Agency in a Yours Woman’s Social Navigations of the Siberian War Zone”. *Anthropological Quarterly* 78(2): 408.

¿Qué sucede con la ética de este negocio? ¿Qué, con los elementos coercitivos del “dime tu historia de victimización sexual y recibirás una frazada y latas de comida”? O en el contexto del programa de reparaciones de la posguerra, “dame un testimonio gráfico sobre ‘tu violación’ y quizás recibas un estipendio”? No puedo separar los métodos de la ética: en este caso, ambos son repugnantes. Hay preguntas que no tenemos derecho a preguntar, y silencios que deben ser respetados.

Es más, si ser un sujeto implica contar una historia, entonces quizá muchas mujeres eligen no narrar episodios de victimización como el punto central de quiénes son hoy, el núcleo del sí mismo con el que viven y que presentan a sus interlocutores. La palabra recuperarse tiene muchas definiciones, entre ellas “disculparse, recuperar lo que ha sido perdido, re-cobrar”⁴⁴. ¿Qué sucede si parte de la recuperación está rescatando algún sentido de lo privado, de la íntima esfera que fue violada? En el rechazo de una mujer de convertir su violación en núcleo narrativo de su subjetividad, ¿podríamos ver una insistencia en el derecho de opacidad en esta era signada por la obsesión confesional y la tiranía de la transparencia?

Y, sin embargo, las mujeres con las que trabajé y viví hablaban con gran detalle sobre las dimensiones de género de la guerra, y algunas hablaban sobre las violaciones. Hay un acuerdo tácito en el dar y recibir testimonios, una promesa implícita de que alguna forma de justicia estará próxima. Cuando pienso en las conversaciones que tuvimos, las mujeres expresaban constantemente un deseo de justicia redistributiva: becas para sus hijos, viviendas decentes, agua potable, comida en sus casas y granos y ganado en sus campos. Esto era lo que las mujeres demandaban una y otra vez –las que hablaron con nosotras sobre las violaciones y cientos más que no lo hicieron–.

Trabajemos entonces con esta visión de justicia redistributiva, y ampliémosla para incluir a la vergüenza. Una cosa que puede ser redistribuida es la vergüenza que fue repartida injustificadamente en las mujeres de forma exclusiva: esta vergüenza deberían sentirla los violadores, que hasta la fecha gozan de una impunidad absoluta. Krog se pregunta cómo la masculinidad se reconstruye luego de períodos de violencia⁴⁵. ¿Cómo se podría desmilitarizar la masculinidad luego de la guerra? En Perú no hubo discusiones en torno a los miles de soldados y marinos que sistemáticamente cometieron violaciones durante el conflicto armado interno. Los *sinvergüenzas* avanzaron con ímpetu en sangrientos actos de violación grupal que no son discutidos en los discursos públicos en Perú. Este silencio es, de hecho, preocupante. Las reparaciones deberían incluir la redistribución de bienes y servicios; también deberían incluir la redistribución de la vergüenza hacia aquellos que se la ganaron.

Tengo algunos pensamientos finales. Cuando los sobrevivientes de violencia sexual hablan acerca de sus experiencias, colocan la responsabilidad en sus interlocutores para responder a aquello que han escuchado. He reiterado aquí lo que ya he dicho en foros públicos, en mis escritos y en mis conversaciones con autoridades locales y regionales. Existe la necesidad –y la obligación– para el Estado peruano de implementar un programa de reparaciones para los sobrevivientes de violaciones, y éste debería incluir componentes

⁴⁴ La palabra inglesa *recover* tiene, efectivamente, varios sentidos: recuperarse, reponerse, recobrar y rescatar, entre otros. Aunque en español estos sentidos se organizan de forma diferente, se intentó aquí mantener el sentido del texto original (N. del T.).

⁴⁵ Ver KROG, *ob. cit.*

materiales y simbólicos. Dentro de las reparaciones simbólicas defiende la importancia de establecer programas de educación pública sobre la violencia sexual masiva que tuvo lugar durante el conflicto armado interno. Entre los temas que deberían incluirse en estos programas educativos, creo que debería hacerse énfasis en la injusticia de colocar la culpa en estas mujeres por lo que les ha ocurrido “a la fuerza”. A partir de esto, quizás, podamos empezar a rescribir las historias de guerra para incluir el heroísmo de tantas mujeres, como lo he intentado aquí. Estas narrativas femeninas nos fuerzan a repensar las nociones de sentido común sobre las mujeres y la guerra, y me retrotraen a las palabras de la señora Edilberta Chocña Sánchez: “¡Tanto coraje! Estas mujeres se defendieron con tanto coraje”.

BIBLIOGRAFÍA

- Das, Veena and Arthur Kleinman “Introduction.” In: Veena Das, Arthur Kleinman, Margaret Lock, Mamphela Ramphele, and Pamela Reynolds (eds.), *Remaking a World: Violence, Social Suffering and Recovery*, Berkeley: University of California Press, 2001.
- Cockburn, Cynthia, “The Gendered Dynamics of Armed Conflict and Political Violence.” In: Caroline O. N. Moser and Fiona C. Clark (eds.), *Victims, Perpetrators or Actors? Gender, Armed Conflict and Political Violence*. London: Zed Books, 2001.
- Connell, Patricia, “Understanding Victimization and Agency: Considerations of Race, Class and Gender.” *Political and Legal Anthropology Review* 20(2):116-143, 1997.
- CVR (ver Truth and Reconciliation Commission).
- Degregori, Carlos Iván. *Ayacucho 1969-1979: el surgimiento de Sendero Luminoso*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1990.
- . Carlos Iván, José Coronel, Ponciano Del Pino y Orin Starn, *Las rondas campesinas y la derrota de Sendero Luminoso*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1996.
- Elshtain, Jean Bethke, “Reflections on war and political discourse.” *Political Theory* 13(1): 39-57, 1985.
- . *Women and War*. Chicago: University of Chicago Press.
- Enloe, Cynthia, *Does Khaki Become You? The Militarisation of Women’s Lives*. London: Pandora Press, 1988.
- Geertz, Clifford, *Local Knowledge: Further Essays in Interpretive Anthropology*. New York: Basic Books, 1983.
- Hayner, Priscilla B., *Unspeakable Truths: Confronting State Terror and Atrocity*. London and New York: Routledge, 2001.
- Hatzfeld, Jean, *Machete Season: The Killers in Rwanda Speak*. New York: Farrar, Straus, and Giroux, 2005.
- Jelin, Elizabeth, *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI, 2002.
- Kelly, Liz, “Wars Against Women: Sexual Violence, Sexual Politics and the Militarised State.” In: Susie Jacobs, Ruth Jacobson and Jennifer Marchbank (eds.), *States of Conflict: Gender, Violence and Resistance*. New York: St. Martin’s Press, 2000.
- Kirk, Robin, *Grabada en piedra: las mujeres de Sendero Luminoso*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1993.
- Krog, Antje, “Locked into Loss and Silence: Testimonies of Gender and Violence at the South African Truth Commission.” In: *Victims, Perpetrators or Actors? Gender, Armed Conflict and Political Violence*, Caroline O. N. Moser and Fiona C. Clark (eds.), London: Zed Books, 2001.

[29]

- Manrique, Nelson, "La década de la violencia". En: *Márgenes*. Lima: Casa de Estudios del Socialismo Sur, 56, 1989.
- Mantilla Falcón, Julissa, "The Peruvian Truth and Reconciliation Commission's Treatment of Sexual Violence Against Women". *Human Rights Brief*, Vol. 12, Issue 2: 1-5, 2005a.
- . "La experiencia de la Comisión de la Verdad y Reconciliación en el Perú: logros y dificultades de un enfoque de género". En: *Memorias de ocupación: violencia sexual contra mujeres detenidas durante la dictadura*. Chile: Centro Regional de Derechos Humanos y Justicia de Género, 2005b.
- Minow, Martha, *Between Vengeance and Forgiveness: Facing History after Genocide and Mass Violence*. Boston: Beacon Press, 1998.
- Rehn, Elisabeth and Ellen Johnson Sirleaf, *Women, War and Peace: The Independent Expert's Assessment on the Impact of Armed Conflict on Women and Women's Roles in Peace-building*. New York: Unifem, 2002.
- Starn, Orin, *Nightwatch: The Politics of Protest in the Andes*. Durham and London: Duke University Press, 1999.
- Theidon, Kimberly, "Disarming the Subject: Remembering War and Imagining Citizenship in Peru." *Cultural Critique*, 54: 67-87, 2003.
- . *Entre prójimos: el conflicto armado interno y la política de la reconciliación en el Perú*. Perú: Instituto de Estudios Peruanos, 2004.
- Truth and Reconciliation Commission, *Final Report*. Lima: Peru, 2003.
- Utas, Mats, victimcy, Girlfriending, Soldiering: Tactic Agency in a Young Woman's Social Navigation of the Liberian War Zone." *Anthropological Quarterly* 78(2): 403-430, 2005.
- Wilson, Richard, *The Politics of Truth and Reconciliation in South Africa: Legitimizing the Post-Apartheid State*. Cambridge: Cambridge University Press, 2001.

[30]